

LA ARQUEOLOGIA DEL SABER

Introducción

MICHEL FOUCAULT
PARÍS

Hace ya varios decenios que la atención de los historiadores se ha centrado preferentemente sobre los largos períodos, como si por debajo de las peripecias políticas y de sus episodios intentaran descubrir los equilibrios estables y difíciles de romper, los procesos irreversibles, las regulaciones constantes, los fenómenos tendenciales que culminan y se invierten después de continuidades seculares, los movimientos de acumulación y las saturaciones lentas, los amplios trasfondos inmóviles y mudos que los relatos tradicionales habían recubierto de todo un espesor de acontecimientos. Para llevar a cabo este análisis, los historiadores disponían de instrumentos que habían dispuesto ellos mismos o que habían recibido: modelos de crecimiento económico, análisis cuantitativo de los flujos de cambio, perfiles de los desarrollos y de las regresiones demográficas, estudio del clima y de sus oscilaciones, recuento de constantes sociológicas, descripción de ajustamientos técnicos, de su difusión y de su persistencia. Estos instrumentos les han permitido distinguir, en la historia, diferentes capas de sedimentación; a las sucesiones lineales, que habían constituido hasta ahora el objeto de la investigación, ha seguido un esfuerzo sistemático por desgajar esas capas. Desde la movilidad política hasta la lentitud característica de la "civilización material", por todas partes se han multiplicado los niveles de análisis: cada uno posee sus rupturas específicas, cada cual comporta una segmentación que sólo a él le pertenece; y a medida que se desciende hacia los más profundos trasfondos, las cesuras se espacian más. Por detrás de la historia fluida de los gobiernos, de las guerras y de las hambres, se dibujan otras historias, casi inmóviles a la mirada — historias de débil pendiente: historia de vías marítimas, historia del trigo o de las minas de oro, historia de la sequía y de la irrigación o historia del equilibrio, obtenido por la especie humana, entre el hambre y la proliferación. Las viejas cuestiones del análisis tradicional (¿Qué punto de unión debe establecerse entre acontecimientos diferentes? ¿Cómo establecer entre ellos una sucesión necesaria? ¿Cuál es la continuidad que los atraviesa o la significación de conjunto que acaban por formar? ¿Puede definirse una totalidad, o es preciso ceñirse a reconstituir encadenamientos?) son sustituidas ahora por otro tipo de interrogaciones: ¿Qué tipo de estratos deben aislarse unos de otros? ¿Qué tipo de series debe instaurarse? ¿Qué criterios de periodicidad debe adoptarse para cada uno de ellos? ¿Qué sistema de relaciones (jerarquía, dominancia, dé-

terminación unívoca, causalidad circular) puede describirse? ¿Qué series de series se pueden establecer? ¿Y en qué *cuadro* de amplia cronología pueden determinarse las distintas secuencias de acontecimientos?

Ahora bien, más o menos por la misma época, en las disciplinas que suelen denominarse historia de las ideas, de las ciencias, de la filosofía, del pensamiento, e incluso de la literatura (aunque dejaremos de lado la especificidad de ésta por un momento); en esas disciplinas que, a pesar de su título, se escapan en gran parte del trabajo del historiador y de sus métodos, la atención se ha desplazado, por el contrario, de esas vastas unidades que se describían como "épocas" o como "siglos" hacia los fenómenos de ruptura. Por debajo de las grandes continuidades del pensamiento o de las manifestaciones masivas y homogéneas de un espíritu o de una mentalidad colectiva, por debajo del devenir de una ciencia orientado inexorablemente a existir y a culminar desde su comienzo, por debajo de la persistencia de un género, de una forma, de una disciplina, de una actividad teórica, se intenta ahora detectar la incidencia de las interrupciones. Interrupciones cuyo estatuto o cuya naturaleza son muy diversos. *Actos y umbrales epistemológicos* descritos por G. BACHELARD: éstos suspenden el cúmulo indefinido de los conocimientos, cortan su lenta maduración y los hacen entrar en un tiempo nuevo, los separan de su origen empírico y de sus motivaciones iniciales, los purifican de sus complicidades imaginarias; ya no prescriben, por tanto, al análisis histórico la indagación de los comienzos silenciosos ni el remontarse hasta los primeros precursores sino la referencia y delimitación de un nuevo tipo de racionalidad y de sus múltiples efectos. *Desplazamientos y transformaciones* de los conceptos: los análisis de G. CANGUILHEM pueden servir, en este sentido, de modelo; muestran que la historia de un concepto no es necesariamente la de su progresivo refinamiento, de su racionalidad siempre creciente o de su grado de abstracción, sino la de sus diversos campos de constitución y de validez, la de sus sucesivas reglas de uso, de los múltiples medios teóricos en los que se ha proseguido y llevado a término su elaboración. Distinción (hecha también por G. CANGUILHEM) entre las *escalas micro y macroscópicas* de la historia de las ciencias en las que los acontecimientos y sus consecuencias no se distribuyen de la misma manera: un descubrimiento, la puesta a punto de un método, la obra de un sabio — o sus fracasos — no tienen la misma incidencia y no pueden ser descritos de la misma manera en uno o en otro nivel; no será, en consecuencia, la misma historia la que se encontrará en un caso o en otro. *Redistribuciones recurrentes* que permiten aparecer diversos pasados, diversas formas de encadenamientos, diversas jerarquías de importancia, diversas redes de determinaciones, diversas teleologías en una sola y única ciencia a medida que su presente se modifica. Y en consecuencia las descripciones históricas se ordenan necesariamente con relación a la actualidad del saber, se multiplican con sus transformaciones y no cesan a su vez de romper con ellas mismas (M. SERRES ha elaborado la teoría de este fenómeno en el dominio de las matemáticas). *Unidades arquitectónicas* de los sistemas, analizadas por M. GUÉROULT; para descubrirlas no es per-

tinente la descripción de las influencias, de las tradiciones, de las continuidades culturales, sino más bien las coherencias internas, los axiomas, las cadenas deductivas, las compatibilidades. En este caso las cesuras más radicales son sin duda las rupturas efectuadas por un trabajo de transformación teórica que "funda una ciencia y la desgaja de la ideología de su pasado, revelando este pasado como ideológico" (ALTHUSSER). A todo lo cual debería añadirse, asimismo, el análisis literario, que no tiene ya por unidad el alma o la sensibilidad de una época, ni los "grupos", las "escuelas", las "generaciones" o los "movimientos", ni tampoco la personalidad del autor en el juego de reciprocidad que anuda su vida y su "creación", sino la estructura peculiar de una obra, de un libro, de un texto.

Y el problema que se plantea a este tipo de análisis históricos no es ya el saber por qué vías se han podido constituir las continuidades, de qué modo ha podido mantenerse un mismo propósito y ha llegado a constituir un horizonte único para tantos espíritus diferentes y sucesivos, qué modo de acción y qué soporte implica el juego de las transmisiones, de las incorporaciones, de los olvidos y de las repeticiones, o bien cómo el origen puede extender su reino más allá de sí mismo, hasta esa culminación que no se da jamás... El problema ya no es el de la tradición y el del rastro, sino el del recorte y el del límite; no es ya el del fundamento que se perpetúa sino el de las transformaciones que aparecen como fundación y renovación de fundaciones. A partir de lo cual se despliega todo un campo de cuestiones, algunas de las cuales son ya familiares, y por medio de las cuales este nuevo tipo de historia ensaya elaborar su propia teoría: ¿Cómo especificar los diferentes conceptos que permiten pensar la discontinuidad (umbral, ruptura, corte, mutación, transformación)? ¿Mediante qué criterios es posible aislar las unidades con las que se tiene que trabajar? ¿Qué es, por tanto, una ciencia? ¿Qué es una obra? ¿Qué es una teoría? ¿Qué es un concepto? ¿Qué es un texto? ¿Cómo diversificar los niveles en los que es posible situarse, cada uno de los cuales comporta sus cesuras y su forma peculiar de análisis? ¿Cuál es, en consecuencia, el nivel legítimo de la formalización? ¿Y el de la interpretación? ¿Y el del análisis estructural? ¿Cuál es el que lleva a cabo asignaciones de causalidad?

En una palabra, la historia del pensamiento, de los conocimientos, de la filosofía, de la literatura, parece multiplicar las rupturas y buscar todas las jerarquizaciones de la discontinuidad, mientras que la historia propiamente dicha parece borrar, en provecho de las estructuras rígidas, la irrupción de los acontecimientos.

* * *

Pero este entrecruzamiento no debe producir ilusiones. No hay que imaginarse, fiados por las apariencias, que algunas disciplinas históricas se encaminan de lo continuo a lo discontinuo, mientras que otras van de las discontinuidades a las grandes unidades ininterrumpidas; no hay que imaginarse tampoco que en el análisis de la política, de las instituciones o de la economía se es cada vez más sensible a las determinaciones globales,

mientras que en el análisis de las ideas y del saber se presta una atención cada vez más grande a los juegos de las diferencias; tampoco hay que creer que estas dos grandes formas de descripción se han cruzado sin reconocerse.

En realidad tanto aquí como allá se han planteado los mismos problemas, aunque han provocado en uno y otro caso efectos inversos. Estos problemas se resumen en una sola palabra: poner en tela de juicio el *documento*. Que no haya malentendidos: es evidente que desde que existe una disciplina como la historia, se han utilizado documentos, se les ha interrogado, se ha preguntado por ellos; no sólo se les ha preguntado lo que querían decir, sino también si decían la verdad —y a título de qué podían pretender a ella—, es decir, si eran sinceros o falsificadores, bien informados o ignorantes, auténticos o alterados. Ahora bien, todas estas cuestiones y toda esta gran inquietud crítica apuntaban hacia un mismo fin: reconstituir, a partir de lo que dicen estos documentos, aquel pasado del que emanaban y que se ha esfumado tras ellos; el documento era tratado siempre como el lenguaje de una voz actualmente reducida a silencio—ese rastro suyo frágil, aunque, por fortuna, descifrable. Ahora bien, debido a una mutación que no data de hoy, pero que no se ha consumado todavía, la historia ha cambiado de posición con relación al documento: se impone como tarea primordial no tanto interpretarlo o determinar si dice la verdad y cuál es su valor expresivo, cuanto trabajarlo desde el interior y elaborarlo: lo organiza, lo segmenta, lo distribuye, lo ordena, lo reparte en niveles, establece las series, distingue lo que es pertinente de lo que no lo es, recuenta los elementos, define las unidades, describe las relaciones. El documento no es ya para la historia esta materia inerte a través de la cual ésta intenta reconstruir lo que los hombres han hecho o han dicho, aquello que ha sucedido y de lo que sólo permanece la estela: intenta definir en el tejido documental asimismo unidades, conjuntos, series, relaciones. Es preciso desprender a la historia de la imagen en la que durante tanto tiempo se ha complacido, mediante la cual hallaba su justificación antropológica: la de una memoria milenaria y colectiva que se servía de documentos materiales para reencontrar la frescura de sus recuerdos; es el trabajo y la puesta a punto de una materialidad documental (libros, textos, relatos, registros, actos, edificios, instituciones, reglamentos, técnicas, objetos, costumbres, etc.) la que presenta siempre y por todas partes, en toda sociedad, ciertas formas espontáneas u organizadas de remanencias. El documento no es el instrumento dichoso de una historia que sería en ella misma y con pleno derecho *memoria*; la historia es el modo peculiar como una sociedad concede estatuto y elabora una masa documental de la que no se separa.

Resumiendo podemos decir que la historia, en su forma tradicional, pretendía “memorizar” los *monumentos* del pasado, transformarlos en *documentos* y hacer hablar a esos trazos que, por ellos mismos, no resultaban parlanchines—o decían en silencio algo diferente de lo que parecían decir—; actualmente la historia es lo que transforma los *documentos* en *monumentos*; en vez de descifrar los trazos dejados por los hombres, en vez de

intentar reconocer lo que habían sido, despliega una masa de elementos que se trata de aislar, de agrupar, de volver pertinentes, de poner en relación, de constituir en conjuntos. Hubo un tiempo en que la arqueología, como disciplina de los monumentos mudos, de los trazos inertes, de los objetos sin contexto y de las cosas legadas por el pasado, tendía hacia la historia y sólo cobraba sentido por la restitución de un discurso histórico; podría decirse, jugando un poco con las palabras, que la historia — actualmente — tiende hacia la arqueología, es decir, a la descripción intrínseca del monumento.

De lo cual se desprenden varias consecuencias. Y en primer lugar el efecto de superficie que ya se ha señalado: la multiplicación de las rupturas en la historia de las ideas, el desvelamiento de períodos largos en la historia propiamente dicha. Ello derivaba, en la historia tradicional, a un intento por definir relaciones (de causalidad simple, de determinación circular, de antagonismo, de expresión) entre hechos o acontecimientos datados; una vez dada la serie, se trataba de precisar la vecindad de cada elemento. Desde entonces el problema consiste en constituir series: definir para cada una sus elementos, fijar los límites, desvelar el tipo de relaciones que le era específico, formular la ley y, después, describir las relaciones entre las diferentes series con el fin de constituir series de series o “cuadros”: de ahí la multiplicación de los estratos, la especificidad del tiempo y de las cronologías que le son propias; de ahí la necesidad de distinguir no sólo acontecimientos importantes (con una larga cadena de consecuencias) y de elementos mínimos, sino también tipos de acontecimientos de nivel diferente (unos breves, otros de duración media, como la expansión de una técnica, o una rarefacción de la moneda; otros, en fin, de duración lenta, como un equilibrio demográfico o el ajuste progresivo de una economía en una modificación del clima); de ahí la posibilidad de hacer aparecer grandes series constituidas por acontecimientos raros o por acontecimientos repetitivos. La aparición de períodos largos en la historia actual no significa un retorno a las filosofías de la historia, a las grandes edades del mundo o a las fases descritas por el destino de las civilizaciones; es el efecto de la elaboración, concertada metodológicamente, de las series. Ahora bien en la historia de las ideas, del pensamiento y de las ciencias esa misma mutación ha provocado un efecto inverso: ha disociado la serie larga constituida por el progreso de la conciencia o la teleología de la razón o la evolución del pensamiento humano; ha replanteado los temas de la convergencia y de la culminación; ha puesto en duda las posibilidades de la totalización. Ha conducido a la individualización de series diferentes que se yuxtaponen, se suceden, cabalgan entre ellas, se entrecruzan, sin que puedan reducirse a un esquema lineal. Y en vez de esa cronología continua de la razón que se remontaba inevitablemente al origen inaccesible, a su obertura fundante, han aparecido escalas a veces breves, distintas las unas de las otras, rebeldes a una ley única, portadoras en ocasiones de un tipo de historia que es específica de cada cual e irreductible al modelo general de una conciencia que adquiere, progresa y recuerda.

Segunda consecuencia: la noción de continuidad ocupaba un lugar importante en las disciplinas históricas. Para la historia en su forma clásica, lo discontinuo era a la vez lo dado y lo impensable: lo que se ofrecía en el modo de acontecimientos dispersos —decisiones, accidentes, iniciativas, descubrimientos; y lo que debía ser rodeado, reducido y borrado mediante el análisis con el fin de que apareciera la continuidad de los acontecimientos. La discontinuidad era ese estigma del derrame temporal que el historiador se había propuesto suprimir de la historia. Actualmente, en cambio, ha pasado a ser uno de los elementos fundamentales del análisis histórico. Aparece desempeñando un triple papel. Constituye en primer lugar una operación deliberada del historiador (y no en cambio lo que recibe a pesar suyo del material que debe trabajar); debe, al menos a título de hipótesis, distinguir los niveles posibles del análisis, los métodos que son característicos de cada uno y las periodizaciones que le convienen. Es además el resultado de su descripción (y no ya lo que debe eliminarse por efecto del análisis); lo que intenta descubrir son los límites de un proceso, el punto de inflexión de una curva, la inversión de un movimiento regulador, las fronteras de una oscilación, el umbral de un funcionamiento, el instante de desarreglo de una causalidad circular. Es, en fin, el concepto que el trabajo no cesa de especificar (en lugar de negligirlo o considerarlo un espacio en blanco uniforme e indiferente entre dos figuras positivas); adopta una forma y una función específicas según cuál sea el dominio y el nivel que se le asigna: no se habla de la misma discontinuidad cuando se describe un umbral epistemológico, el retroceso de una curva de población o la sustitución de una técnica por otra. La noción de discontinuidad es, como se ve, paradójica: es a la vez instrumento y objeto de investigación; delimita un campo del que ella es justamente el efecto; permite individualizar los dominios, pero a su vez esto sólo es posible mediante la comparación de éstos. Y puesto que a fin de cuentas no constituye simplemente un concepto presente en el discurso del historiador, sino que éste lo supone en secreto, ¿desde dónde podrá éste hablar, entonces, sino a partir de esta ruptura que la historia le ofrece como objeto? Uno de los rasgos más esenciales de esta historia nueva es, sin duda, este desplazamiento de lo discontinuo: la conversión de un obstáculo en una práctica; su integración en el discurso del historiador, en el que ya no desempeña el papel de una fatalidad exterior que es preciso reducir, sino el de un concepto operatorio que se utiliza; y de ahí la inversión de signos gracias a la cual no constituye ya el negativo de la lectura histórica (su reverso, su fracaso, el límite de su poder) sino el elemento positivo que determina su objeto y confiere validez a su análisis.

Tercera consecuencia: el tema y la posibilidad de una *historia global* se comienzan a borrar y se insinúa la intención —muy diferente— de lo que podría llamarse una *historia general*. El proyecto de una historia global está abocado a restituir la forma de conjunto de una civilización, el principio—material o espiritual—de una sociedad, la significación común a todos los fenómenos de un período, la ley que da cuenta de su cohesión

—eso que suele llamarse metafóricamente el “rostro” de una época. Un proyecto de esta índole presupone dos o tres hipótesis: se supone que entre todos los acontecimientos de un área espacio-temporal bien definida, entre todos los fenómenos de los que se ha encontrado la huella, es posible establecer un sistema de relaciones homogéneas: red de causalidad que permite hacer derivar, de cada uno de ellos, relaciones de analogía que muestran cómo se simbolizan los unos en los otros o cómo expresan todos ellos un mismo núcleo central; se supone por otra parte que una sola forma de historicidad atraviesa las estructuras económicas, las estabilidades sociales, la inercia de las mentalidades, los hábitos técnicos, los comportamientos políticos y los somete a todos al mismo tipo de transformación; se supone en fin que la historia misma puede articularse en grandes unidades —estadios o fases— que detentan en ellas mismas su principio de cohesión. Son estos postulados los que la historia actual pone en duda cuando problematiza las series, los recortes, los límites, los desniveles, las especificidades cronológicas, las formas singulares de remanencia, los tipos posibles de relación. Pero con ello no pretende obtener una pluralidad de historias yuxtapuestas e independientes las unas de las otras: la de la economía al lado de la de las instituciones y junto a ellas la de las ciencias, de las religiones o de las literaturas; ni se trata tampoco de señalar coincidencias de fechas, o analogías de forma y de sentido entre estas historias diferentes. El problema que ahora se plantea —y que define la tarea de una historia general— es más bien el de determinar qué forma de relación puede ser descrita legítimamente entre estas diferentes series; qué sistemas verticales son susceptibles de formar; cuál es el juego de correlaciones y dominancias que establecen unas con respecto a las otras; qué efecto pueden producir los desniveles, las temporalidades diferentes, las diversas remanencias; en qué conjuntos distintos pueden figurar simultáneamente ciertos elementos; en una palabra: no solamente qué series, sino qué “series de series” es posible constituir (o en otras palabras, qué “cuadros”). Una descripción *global* aprieta todos los fenómenos en torno a un centro único —principio, significación, espíritu, visión del mundo, forma de conjunto—; una *historia general* desplegaría por el contrario el espacio de una dispersión.

En fin, última consecuencia: la historia nueva reencuentra cierto número de problemas metodológicos, varios de los cuales le preexisten. Entre ellos se puede citar: la constitución de *corpus* coherentes y homogéneos de documentos (*corpus* abiertos o cerrados, finitos o indefinidos), el establecimiento de un principio de elección (según si se intenta tratar exhaustivamente la masa documental, si se practica un sondeo mediante métodos de apreciación estadística, o si se intenta determinar antes que todo los elementos más representativos); la definición del nivel de análisis y de los elementos que le son pertinentes (en el material estudiado se pueden destacar las indicaciones numéricas; las referencias, explícitas o no, a acontecimientos, a instituciones, a prácticas; las palabras empleadas, con sus reglas de uso y los campos semánticos que dibujan, o incluso la estructura formal de las proposiciones y los tipos de encadenamientos que los unen); la especificación de un método

de análisis (tratamiento cuantitativo de los datos, descomposición según un cierto número de rasgos asignables de los que se estudian las correlaciones, desciframientos interpretativos, análisis de las frecuencias y de las distribuciones); la delimitación de los conjuntos y de los sub-conjuntos que articulan el material estudiado (regiones, períodos, procesos unitarios); la determinación de las relaciones que permiten caracterizar un conjunto (puede tratarse de relaciones numéricas o lógicas; relaciones funcionales, causales, analógicas; puede tratarse de la relación de significante y significado).

Todos estos problemas forman parte ahora del campo metodológico de la historia. Campo que merece la atención por dos razones. Primero porque se percibe hasta qué punto se ha desprendido de lo que hasta ahora constituía la filosofía de la historia así como de las cuestiones que ésta planteaba (sobre la racionalidad o la teleología del devenir, sobre la relatividad del saber histórico, sobre la posibilidad de descubrir o de constituir un sentido en la inercia del pasado y en la totalidad inacabada del presente). En segundo lugar, porque recoge en algunos de sus puntos ciertos problemas que se plantean asimismo en otros dominios, como la lingüística, la etnología, la economía, el análisis literario, la mitología. A estos problemas se les puede compendiar con el título de "estructuralismo". Ello es posible bajo ciertas condiciones, pues están lejos de cubrir el campo metodológico de la historia y sólo ocupan, además, una parte cuya importancia varía con los dominios y los niveles de análisis; salvo en algunos pocos casos, no han sido importados de la lingüística o de la etnología sino que han nacido en el campo mismo de la historia — esencialmente en el de la historia económica —; en fin, no autorizan, por otra parte a hablar de "estructuralización" de la historia y menos de tentativa por sobrepasar un "conflicto" o una "oposición" entre estructura y devenir. Hace ya mucho tiempo que los historiadores consideran, describen y analizan estructuras, sin haberse tenido que preguntar si no dejaban escapar con ello la "historia" viva, frágil y trémula. La oposición estructura-devenir no es pertinente ni para la definición del campo histórico ni para la definición del método estructural.

Esta mutación epistemológica de la historia no se ha consumado todavía hoy día. Tampoco puede decirse que haya comenzado ayer, pues es posible sin duda remontarla hasta MARX. Pero ha tardado sin embargo en producir efectos. En nuestros días — y sobre todo en la historia del pensamiento — no se ha registrado ni se ha reflexionado suficientemente sobre ella (a diferencia de otras disciplinas que, como la lingüística, han experimentado la misma transformación). Parece que es especialmente difícil formular, por lo que respecta a esta historia, que los hombres reconstruyen, acerca de sus propias ideas y de sus propios conocimientos, una teoría general de la discontinuidad, de las series, de los límites, de las unidades, de los órdenes específicos, de las autonomías y de las dependencias diferenciadas. Como si en ese terreno en el que se solía indagar los orígenes, remontar indefinidamente la línea de los antecedentes, reconstruir las tradiciones, seguir las curvas evolutivas, proyectar las teleologías y recurrir sin cesar a las metáforas de la vida, se experimentase una singular repugnancia a pensar la

diferencia, a describir los desvíos y las dispersiones, a disociar la forma segura de lo idéntico. O, más exactamente, como si fuera imposible hacer la teoría de estos conceptos de umbrales, mutaciones, sistemas independientes, series limitadas, así como extraer las consecuencias generales y derivar todas las implicaciones posibles. Como si tuviéramos miedo de pensar el *Otro* en el tiempo de nuestro propio pensamiento.

Hay una razón de esto. Si la historia del pensamiento podía permanecer siendo el lugar de las continuidades ininterrumpidas, si anudaba sin cesar unos encadenamientos que ningún análisis sabría deshacer sin abstracción, si se tramaba, en torno a todo lo que los hombres dicen y hacen, oscuras síntesis que lo anticipaban, lo preparaban y lo conducían indefinidamente hacia su futuro, la razón era que todo esto constituía un resguardo privilegiado para la conciencia. La historia continua es el correlato indispensable a la función fundante del sujeto: la garantía de que todo lo que se le ha escapado podrá serle devuelto; la certidumbre de que el tiempo no dispersará nada sin restituirlo en una unidad recompuesta; la promesa de que el sujeto — bajo la forma de conciencia histórica — podrá un día apropiarse de todas las cosas mantenidas en la lejanía por la diferencia y restaurar su dominio, así como encontrar finalmente su morada. Hacer del análisis histórico el discurso acerca de lo continuo y hacer de la conciencia humana el sujeto originario de todo devenir y de toda práctica, constituyen las dos caras de un mismo sistema de pensamiento. El tiempo es concebido en términos de totalización y las revoluciones constituyen únicamente tomas de conciencia.

Este tema ha desempeñado, en formas diferentes, un papel constante desde el siglo XIX: salvar, frente a todos los descentramientos, la soberanía del sujeto y las figuras gemelas de la antropología y del humanismo. Contra el descentramiento operado por MARX — por el análisis histórico de las relaciones de producción, de las determinaciones económicas y de la lucha de clases — ha tenido lugar, hacia finales del siglo XIX, la investigación de una historia global en la que todas las diferencias de una sociedad podrían ser reconducidas a una forma única, a la organización de una visión del mundo, al establecimiento de un sistema de valores, a un tipo coherente de civilización. Al descentramiento operado por la genealogía nietzscheana se ha opuesto la búsqueda de un fundamento originario que hiciera de la racionalidad el *telos* de la humanidad y que ligara toda la historia del pensamiento a la salvaguarda de esta racionalidad, al mantenimiento de esta teleología y al retorno siempre necesario hacia el fundamento. En fin, más recientemente, así que las investigaciones del psicoanálisis, de la lingüística, de la etnología han descentrado el sujeto con relación a las leyes de su deseo, a las formas de su lenguaje, a las reglas de su acción o a los juegos de sus discursos míticos o fabulosos, una vez resulta al fin algo claro y concluyente que el hombre, interrogado sobre lo que era, no podía dar cuenta de su sexualidad y de su inconsciente, de las formas sistemáticas de su lengua o de la regularidad de sus ficciones, de nuevo ha sido reactivado el tema de una continuidad de la historia: una historia que no sería ya cesura sino devenir; que no sería juego de relaciones sino dinamismo interno; que no sería sistema

sino duro trabajo en pos de la libertad; que no sería forma sino esfuerzo incesante de una conciencia que se retoma a sí misma e intenta recogerse hasta lo más profundo de sus condiciones: una historia que será a la vez larga paciencia ininterrumpida y vivacidad de un movimiento que termina por romper todos los límites. Para hacer valer este tema que opone a la "inmovilidad" de las estructuras, a su sistema "cerrado", a su necesaria "sincronía", la abertura viviente de la historia, es preciso evidentemente negar en los análisis históricos el uso de la discontinuidad, la definición de los niveles y de los límites, la descripción de series específicas, el desvelamiento de todo el juego de las diferencias. Se está entonces abocado a antropologizar a MARX, a convertirlo en un historiador de las totalidades y a reencontrar en él el propósito y la intención del humanismo; se está asimismo abocado a interpretar a NIETZSCHE en los términos de una filosofía trascendental y a considerar su genealogía como una investigación de lo originario; se está abocado por último a dejar de lado, como si jamás hubieran aparecido, todo ese campo de problemas metodológicos que actualmente propone la historia nueva. Pues si se concede que la cuestión acerca de las discontinuidades, de los sistemas y de las transformaciones, de las series y de los umbrales, se plantea en todas las disciplinas históricas (en aquellas que conciernen a las ideas o a las ciencias no menos que en las que conciernen a la economía y a las sociedades), en ese caso, ¿cómo es posible oponer con legitimidad el "devenir" al "sistema", el movimiento a las regulaciones circulares, o — tal como se dice con ligereza irreflexiva — la "historia" a la "estructura"?

Es la misma función conservadora que desempeña el tema de las totalidades culturales — que ha servido primero para atacar y después para metamorfosear a MARX —, así como el tema de una búsqueda de lo originario — que se ha esgrimido primero en oposición a NIETZSCHE, para después trasponérselo — y por último el tema de una historia viviente, continua y abierta. Se gemirá por una historia asesinada cada vez que en un análisis histórico — y sobre todo si se trata del pensamiento, de las ideas o de los conocimientos — se utilicen de forma demasiado manifiesta las categorías de la discontinuidad y de la diferencia, las nociones de umbral, de ruptura y de transformación, la descripción de las series y de los límites. Se denunciará entonces un atentado contra los derechos inalienables de la historia y contra el fundamento de toda historicidad posible. Pero no debemos equivocarnos: lo que de hecho se lamentará con tanto énfasis no es la desaparición de la historia sino la evaporación de esa forma de historia que estaba secretamente — pero completamente — referida a la actividad sintética del sujeto; lo que se llora es ese devenir que debía suministrar a la soberanía de la conciencia un abrigo más seguro y menos expuesto que los mitos, los sistemas de parentesco, las lenguas, la sexualidad o el deseo; lo que se llora es la posibilidad de reanimar por el proyecto, por el trabajo del sentido o por el movimiento de la totalización, el juego de determinaciones materiales, de relaciones rigurosas pero no reflectidas, de correlaciones que escapan a toda experiencia vivida; lo que se llora es el uso ideológico de la historia mediante

el cual se intenta restituir al hombre todo lo que después de un siglo no ha cesado de escapársele; todos los tesoros de otros tiempos se habían amontonado en la vieja ciudadela de esa historia; se la creía sólida; se la había sacralizado; se la había constituido en el lugar último del pensamiento antropológico; se había creído poder capturar en ella aquello mismo que se esgrimía en contra de ella; se creía haber dispuesto una adecuada vigilancia. Pero los propios historiadores han desertado de esta vieja fortaleza desde hace tiempo y han acudido a trabajar a otros lugares; se empieza a comprender que MARX o NIETZSCHE no aseguraban esa salvaguarda que se les había confiado. No se puede ya contar con ellos para guardar los privilegios; ni para afirmar una vez más que la historia es viva y continua y que constituye para el sujeto en cuestión el lugar del reposo, de la certidumbre, de la reconciliación — del sueño tranquilizado.

* * *

En este punto se determina una empresa cuyo propósito han trazado, muy imperfectamente, la *Historia de la locura*, el *Nacimiento de la clínica* y *Las palabras y las cosas*. Empresa mediante la cual se intenta tomar la medida de las mutaciones que se operan en general en el campo de la historia; empresa en la que se cuestionan los métodos, los límites, los temas propios de la historia de las ideas; empresa por la cual se intenta desanudar las últimas sujeciones antropológicas; empresa que intenta de rechazo hacer aparecer el modo en que esas sujeciones han podido formarse. Estas tareas han sido esbozadas con un cierto desorden y sin que fuese claramente definida su articulación general. Es el momento de darles coherencia — o por lo menos de ejercerla. Este libro es el resultado de este ejercicio.

Pero antes de comenzar es preciso llevar a cabo algunas precisiones con el fin de evitar todo malentendido:

— No se trata aquí de transferir al dominio de la historia, y en concreto al de la historia de los conocimientos, un método estructuralista que ha sido probado en otros campos de análisis. Se trata de desplegar los principios y las consecuencias de una transformación autóctona que está a punto de consumarse en el dominio del saber histórico. El hecho de que esta transformación, los problemas que plantea, los instrumentos que utiliza, los conceptos que se definen y los resultados que se obtienen no sean en cierto modo extraños a lo que se suele denominar análisis estructural es desde luego muy posible. Pero no es ese análisis propiamente el que aquí se ejerce.

— Mucho menos se trata de utilizar las categorías de totalidades culturales (visiones del mundo, tipos ideales, espíritu singular de las épocas) con el fin de imponer a la historia — y a pesar suyo — las formas del análisis estructural. Las series descritas, los límites fijados, las comparaciones y las correlaciones establecidas no se apoyan en las antiguas filosofías de la historia, sino que tienen por fin poner justamente en tela de juicio las teleologías y las totalizaciones.

— En la medida en que se trata de definir un método de análisis histó-

rico que se haya liberado del tema antropológico, es posible darse cuenta de que la teoría que se intentará esbozar se halla en una doble relación con las investigaciones ya realizadas. Intenta formular, en términos generales (y no sin multitud de rectificaciones y elaboraciones), los instrumentos que estas investigaciones han utilizado o han dispuesto. Pero por otra parte se beneficia de los resultados obtenidos para definir un método de análisis que se halle purificado de todo antropologismo. El suelo sobre el que reposa es aquel que ha descubierto. Las investigaciones sobre la locura y la aparición de una psicología, sobre la enfermedad y el nacimiento de una medicina clínica, sobre las ciencias de la vida, del lenguaje y de la economía, han sido ensayos ciegos — por una parte: pero se esclarecen poco a poco, no sólo porque precisan el método adecuado, sino porque descubren — en ese debate sobre el humanismo y la antropología — el punto de su posibilidad histórica.

En una palabra, esta obra, al igual que las anteriores, no se inscribe, por lo menos directamente o en primer plano, en el debate sobre la estructura (confrontada con la génesis, con la historia, con el devenir), sino más bien en ese campo en el que se manifiestan, se entrecruzan y se especifican las cuestiones del ser humano, de la conciencia, del origen y del sujeto. Pero tampoco sería un error decir que justamente ahí es donde se plantea también el problema de la estructura.

Este trabajo no constituye la recogida y la descripción exacta de lo que puede leerse en la *Historia de la locura*, el *Nacimiento de la clínica* o *Las palabras y las cosas*. En muchos puntos es muy diferente. Comporta algunas correcciones y críticas internas. En general, la *Historia de la locura* concedía una parte demasiado considerable — y por otra parte muy enigmática — a eso que se designaba como “experiencia”, dando pie a entender que se estaba próximo a la admisión de un sujeto anónimo y general de la historia; en el “*Nacimiento de la clínica*”, el recurso, varias veces intentado, al análisis estructural, amenazaba esquivar la especificidad del problema planteado y el nivel propio de la arqueología; por último *Las palabras y las cosas*, a causa de la ausencia de bagaje metodológico, ha dado pie a ser interpretado en términos de un análisis de totalidades culturales. Me apena pensar que no haya podido evitar estos peligros; aunque me consuela pensar que estaban inscritos en la empresa misma, ya que, para poder tomar su propia medida, debía desgajarse de estos métodos diversos y de estas formas diversas de historia; por otra parte, sin las cuestiones que se me han planteado, sin las dificultades o las objeciones, no habría podido ver dibujarse de una forma tan nítida la empresa a la que — para bien o para mal — me hallo actualmente abocado. De ahí el carácter cauto y caviloso de este texto: a cada momento toma distancia, establece sus medidas, tantea hacia sus límites, se refiere a lo que no quiere decir, cava fosas para definir su propio camino. A cada instante denuncia la confusión posible. Declina su identidad, no sin antes exclamar: yo no soy ni esto ni aquello. No se trata de una crítica la mayoría de las veces; no se dice así que todo el mundo se ha equivocado en un lado o en otro. Se trata de definir un emplazamiento singular por medio de la exterioridad de sus vecindades; más que reducir a los de-

más al silencio, pretendiendo que su propósito es vano, se trata de intentar definir este espacio blanco desde el que hablo y que toma forma lentamente en un discurso que siento todavía tan precario y tan incierto...

* * *

—¿No se halla usted seguro de lo que dice? ¿Va usted a cambiar de nuevo y desplazarse con relación a las cuestiones que se le plantean o decir que las objeciones no apuntan realmente hacia el lugar desde el que usted se pronuncia? ¿Dirá usted una vez más que usted no ha sido jamás eso que se le reprocha ser? Usted prepara ya la salida que le permitirá, en su próximo libro, resurgir en otra parte y mofarse de nuevo diciendo: No, yo no estoy ahí donde me sitúa usted sino aquí — en este lugar desde el que le miro a usted riéndome...

—Bien ¿Y qué? ¿Se imagina usted acaso que me tomaría a la vez tanta molestia — y tanto placer — en escribir si no preparara continuamente — con una mano un poco febril — el laberinto en el que me voy a aventurar y desplazar mi propósito, abrirle pasajes subterráneos y desfondarlo lejos de sí mismo o hallarle al fin las zonas que resumen y deforman su transcurso — en las que pueda al fin perderme y aparecer finalmente ante unos ojos que ya no podré reconocer. Hay más de uno que, al igual que yo, escribe para no tener ya rostro. No me pregunte, por eso, quién soy, ni me pida que sea siempre el mismo: eso es una moral de estado civil; ella rige nuestros documentos. ¡Pero que nos deje libres cuando se trata de escribir!